

Pensamiento

Frente a la gran mentira

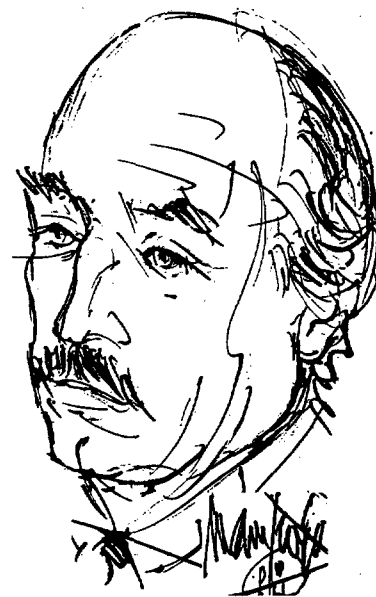
Antonio García-Trevijano

Espasa Calpe. Madrid, 1996. 350 páginas, 2.200 pesetas

La verdad acaba por triunfar, pero después del largo imperio de la mentira. La verdad no es siempre grata. Terencio afirmó que «la complacencia hace amigos, la verdad engendra odio». Desde que en octubre de 1976 García-Trevijano abandonó la actividad política por no estar de acuerdo con el modo en que se pactó la transición, toda su actividad publicística ha estado encaminada a demostrar una tesis polémica: «Esto no es una democracia». Pero cuando dice «esto» no se refiere sólo al régimen español, sino a todas las, según él, mal llamadas democracias europeas, que no son sino oligarquías de partidos.

Para demostrar esta provocativa tesis, García-Trevijano navega en las aguas de la historia de las ideas políticas y en la de la evolución de la democracia moderna con el fin de mostrar las razones que impidieron que en la vieja Europa llegara a triunfar. Según el autor, las tres propiedades que definen a la democracia son

el principio representativo en la sociedad política, el principio electivo en el gobierno y el principio divisorio del poder en el Estado. Si se dan estos tres principios, se hace posible que los gobernados elijan, depongan y controlen a los gobernantes. El principio representativo se aniquila por el imperio de los partidos y por el sistema electoral proporcional. Los diputados no representan a los electores sino a las oligarquías de los partidos que los nombran. El principio electivo se desvanece en el momento en que el pueblo no elige directamente al jefe del gobierno. A su vez, este hecho, unido a la dependencia gubernativa del poder judicial, frustra el principio de la división de poderes. Todo esto no impide que existan libertades públicas y derechos civiles. Lo que no hay es libertad política ni, por tanto, democracia. Ésta queda así liberada de la onerosa carga de la inmoralidad pública, de la corrupción, de los crímenes de Estado, de la venalidad de los gobernantes



y de la degradación de los gobernados.

El ensayo es riguroso, coherente y sustentado en un buen conocimiento de los clásicos del pensamiento político. En la descripción de nuestros males está sobrado de razones. Otra cosa es determinar si se trata de fallos del sistema o, como él pretende, de su naturaleza intrínsecamente corrupta. A mi juicio, posee más valor la parte descriptiva que la explicativa. Por poner un ejemplo, no hay ninguna base científica para sostener que la ruptura democrática hubiera producido una democracia como la que describe y gobernada por hombres más honorables. El comunismo no es precisamente entusiasta del principio representativo, del principio electivo y de la división de poderes. Los grandes hallazgos políticos han consistido normalmente en la transacción y concordia entre dos principios aparentemente incompatibles, desde la República romana hasta la Monarquía constitucional. Aunque se trata de una cuestión de elección de palabras, no deja de ser chocante su actitud contraria hacia lo que llama liberalismo, ya que se adhiere a algunos de sus principios fundamentales y, entre ellos, al principio de la independencia entre los poderes que más que una exigencia democrática es, a mi juicio, una exigencia liberal. ¿Por qué el poder absoluto e ilimitado del pueblo no podría ser llamado democracia? Por esta misma razón creo que no hace justicia a algunos grandes pensadores liberales como Tocqueville, Ortega, Hayek o a la teoría de las dos clases de libertad de Constant y Berlin.

La idea elitista de García-Trevijano sobre el tercio «laocrático» del pueblo, heredera de la idea de la «melior pars», de Marsilio de Padua, me parece tan brillante como escasamente compatible con la democracia radical. No es el menor elogio que cabe hacer al autor el reconocimiento de que además de un puñado de verdades contiene una apasionante incitación al diálogo. Si comparamos la democracia europea con el ideal de la democracia, realizado parcialmente en Estados Unidos, el autor tiene básicamente razón. Pero si la comparamos con los totalitarismos comunista o nazi, tal vez descubramos alguna razón para no negarle absolutamente la denominación de democracia por muy imperfecta que sea. Lo que no es posible disputar al autor de este ensayo excelente es que, entre nosotros, el principio representativo, el principio electivo y la división de poderes están falseados.

XXI: Siglo de la ecología

Joaquín Araújo

Finalista Premio Espasa. Espasa Calpe. Madrid, 1996. 274 páginas, 2.200 pesetas

Joaquín Araújo, curtido profesional que se presenta a sí mismo como escritor, guionista cinematográfico, profesor de varias maestrías, periodista, agricultor, geógrafo, silvicultor, director editorial y pastor de cabras, presenta ahora la ecología como la filosofía del siglo XXI. El libro, en palabras del autor, pretende ser un texto de encuentros con la intención de construir un futuro para ser disfrutado, enfrentar la erosión de la pluralidad cultural, la creciente fealdad de los horizontes, la huida de la ternura, la opacidad de las miras, e inaugurar un tiempo y un espacio de reconciliación, de diálogo entre nosotros y la biosfera.

El autor afirma que sólo la fusión de la cultura y la naturaleza desembocará en una sociedad tal vez más justa. Asegura que se necesita buscar encuentros múltiples con lo múltiple, huir de la homogeneización. El pensar ecológico parte de la propuesta de mirar en vivo y en directo a los panoramas, sin intermediarios ni parcelaciones. Lo verde debe ser una superación lúcida de los presupuestos básicos de la izquierda. Lo ecológico es un rejuvenecimiento. Nada ha existido más creativo que la vida. Hay que desactivar la

competitividad. Somos vida y pensamiento, razón y sentimientos, naturaleza e historia. El mundo es cada día más feo, más ruidoso, más sucio, menos poblado por seres vivos diferentes. Poseer nos posee. El ánimo consumista devora el mundo. No disfrutamos de la lentitud: vivimos más, pero tan rápido que no sirve de mucho. Hay que comprender que el tiempo es sabio y también sabia. Puede haber pronto una crisis alimentaria y, sin embargo, estamos consumiendo el espacio vital para lo vital. El pensamiento económico busca lo que hay de humano en lo humano. La misma humanidad está saturada de sí misma. Vivir es seguir viviendo. Ecológizar la cultura significa pasar por el feminismo. La apuesta de la cultura ecológica es fundarse y fundamentarse a partir de la suma de todas las culturas (página 83) (posiblemente hay una confusión entre una sociedad multicultural-pluriétnica y una suma de culturas, un mestizaje al estilo de la raza cósmica de Vasconcelos). Lo ecológico es la profundización del pacifismo. No hay que crear un pensamiento ecológico, sino ecológizar al pensamiento. Todas estas frases del autor sintetizan parte de sus propuestas

más importantes.

Se trata de un libro que puede hacer gozar a aquel que no sea un entendido en ecología y al que además le guste la lectura de los textos que se deleitan en jugar con las palabras. Sin embargo, al experto en ciencias sociales le ocasiona alguna que otra sorpresa detectar ciertas simplificaciones en algunas ideas citadas de autores de diferentes épocas (mundo clásico, medieval, ilustración, pensadores contemporáneos) o algunas inexactitudes cuando se analizan determinadas costumbres de los pueblos no occidentales. Es una llave que ayudará a algunos a reconocer la existencia del otro y los errores en los que ha incurrido la soberbia y la miopía del eurocentrismo. Lleno de buenas intenciones, contiene no obstante una buena dosis de cierta candidez. El especialista echa en falta un análisis más directo de los problemas políticos y de las consecuencias de la actual distribución del ingreso a escala planetaria, sobre todo si se tiene en cuenta que el autor ha demostrado recientemente poseer sensibilidad en dichos temas y habilidad para presentarlos oportunamente.

Pedro PÉREZ HERRERO

Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA